

## Cátedra Identidad Católica Mons. Antonio Moreno Casamitjana

Concepción, 1 agosto 2023

Agradezco a las autoridades de la Universidad Católica de la Santísima Concepción que me hayan invitado a este acto, sobre todo, para hablar sobre el fundador Mons. Antonio Moreno Casamitjana. En el desayuno que precedió a este acto tuve la alegría de saber que el Señor Rector y varios de los vicerrectores y miembros de la rectoría eran alumnos de esta Universidad en los años en que yo tuve el cargo de Rector. Fueron años que recuerdo con mucho cariño.

Cuando me invitaron a ser el primer conferencista en el contexto de la Cátedra Sello Identitario Mons. Antonio Moreno Casamitjana me dieron como argumento para esta invitación el hecho de mi cercanía durante tantos años a Mons. Antonio Moreno y el hecho de conocer esta querida Universidad desde dentro por haber sido su segundo Rector, entre los años 1996 y 2000.

Pensándolo bien, tal vez sea verdad que, fuera de los miembros de su familia y habiendo fallecido ya otros eclesiásticos que fueron sus compañeros desde el Seminario, yo soy el que ha estado más cercano a Mons. Antonio Moreno en sus fases de profesor universitario y, sobre todo, Arzobispo de Concepción y fundador de esta Universidad Católica de la Santísima Concepción.

Más cercano que yo, ciertamente, porque recorrieron toda la vida juntos, era el Cardenal Jorge Medina Estévez. Ellos fueron compañeros en el Seminario, fueron colegas como profesores de la Facultad de Teología de la PUCCh y luego hermanos Obispos. Me consta de esta gran amistad y respeto mutuo que había entre ellos. El Cardenal Medina, que parecía tener una salud más frágil había dejado establecido en su testamento que la homilía de su Misa exequial la pronunciara su amigo, Antonio Moreno. Pero dado que el Cardenal Jorge Medina sobrevivió a Mons. Moreno el encargo testamentario recayó sobre mí. El Cardenal Medina falleció el 3 de octubre de 2021 y su funeral fue en la Catedral de Santiago el lunes 4 de octubre. Faltaba en ese funeral su amigo, que había fallecido en esta ciudad de Concepción el 31 de julio de 2013. Ayer se cumplieron 10 años.

He hecho esta introducción porque deseaba reproducir la semblanza de Mons. Antonio Moreno hecha precisamente por Jorge Medina en fecha 10 de agosto de 1988 y publicada en los Anales de la Facultad de Teología de la PUCCh, Vol. XXXIX (1988) 29-30.

El Cardenal comienza con una pregunta, haciendo ver la dificultad. Reproducimos su parecer como el de uno que conoce bien al entonces profesor de teología, que fue elegido para el ministerio episcopal como Obispo Auxiliar de Santiago.

+Jorge Medina Estévez, Obispo de Rancagua  
Anales de la Facultad de Teología de la PUCCh, Vol. XXXIX (1988) 29-30.

**¿Una semblanza de Antonio Moreno?** Tarea a la vez fácil y difícil.

Fácil, porque los rasgos de su acusada personalidad son definidos: no es un hombre que deja dudas o incertidumbre; tal vez no haya características más opuesta a él que la ambigüedad. Hombre de una pieza, de pensamiento claro y definido. Sabe lo que es matizar, pero sabe también decir sin ambages lo que piensa, así no haya a su lado nadie que lo apoye. Pero no es fácil penetrar en el interior de Antonio, porque es un hombre

reservado, modesto, muy ajeno a hablar de sí mismo. Los que lo conocemos y somos sus amigos, intuimos que detrás de su exterior sencillez, franco y jovial, se esconde un mundo interior rico e insospechado. ¿Quién de los que lo hemos tratado no ha percibido la paradoja de ese hombre de risa franca y generoso en su amistad, y al mismo tiempo solitario como los picachos rocosos de nuestra cordillera que le son tan familiares?

Antonio es un sacerdote. El nervio pastoral lo recorre entero y lo perciben a flor de piel los que reciben el servicio desinteresado de su ministerio. Silenciosamente va formando cristianos, tratando de dejar en ellos la huella del Maestro. Un día tuvo la ocurrencia de ir a misionar a Rolecha, en los confines de Chiloé continental. Y allá recorrió poblados predicando, celebrando los sacramentos, formando catequistas, estableciendo comunidades cristianas. Lo hizo, como siempre, silenciosamente. Con frío, con lluvia, alojando donde se pudiera en los largos recorridos de esa parroquia de más de cien kilómetros de largo.

Como sacerdote fue profesor de Sagradas Escrituras. Riguroso en el conocimiento y aplicación del método científico, exigente con sus alumnos, sin perder jamás de vista que la Escritura se lee en el surco de la Tradición de la Iglesia. A pesar de su modestia, la Sede Apostólica se enteró de su valer y lo hizo miembro de la Pontificia Comisión Bíblica. Un día, fiel a su inflexible honradez, juzgó que ya no podía trabajar allí como debía, y renunció.

Entretanto el Papa había visto claro: Antonio sería Obispo de la Iglesia, asociado a la responsabilidad pastoral del Excmo. señor Cardenal Arzobispo de Santiago. Antonio aceptó, simplemente, con serenidad, con confianza en Dios, dispuesto a asumir una tarea nueva y nada fácil. Nuevamente en forma silenciosa.

La Facultad de Teología, a la que tanto trabajo y esfuerzo ha dedicado, le rinde un homenaje. Le decimos, a riesgo de ofenderlo o de herir su modestia, que admiramos en él sinceramente al hombre recio y austero, al colega que nos ha dado más con su testimonio que con sus palabras, al sacerdote apostólico, buscador del rostro de Dios y entregado al servicio de sus hermanos.

Rancagua, 19 de agosto de 1988.

Llegados a este punto en la presentación del Fundador, es conveniente indicar algunos puntos de su biografía. Nació en Santiago el 9 de julio de 1927. Hoy tendría 96 años. Su padre Antonio Moreno, nacido en Andalucía, y su madre María Casamitjana, nacida en Cataluña, se conocieron en Chile y aquí contrajeron matrimonio. Antonio hizo sus estudios escolares primarios y secundarios en el Instituto de Humanidades de los Hermanos Maristas. Participaba activamente en la Parroquia Nuestra Señora de Andacollo de calle Mapocho 2325. Concluidos los estudios escolares, ingresó al Seminario Mayor de Santiago y realizó sus estudios en la Facultad de Teología entre los años 1945 y 1949. Recibió el título de licenciado en teología de esa Facultad el 26 de abril de 1950. Había sido Ordenado presbítero poco antes, el 4 de diciembre de 1949, cuando tenía solo 22 años.

En sus años de sacerdocio fue cuando yo lo conocí por primera vez. Era por entonces profesor de Sagrada Escritura en la Facultad de Teología de la PUCCh. El primer semestre de 1975 tomé el curso de Pentateuco dictado por él, cuando él era un sacerdote de 48 años, pero de aspecto muy jovial. En esos años se trasladaba desde la Casa del Clero en Calle Santa Isabel con Lira al Campus Oriente de la Universidad en bicicleta.

Fue elegido Obispo Auxiliar de Santiago el 22 de abril de 1986, a los 58 años de edad y recibió la Ordenación episcopal el 9 de julio de 1986. El 14 de octubre de 1989 fue elegido Arzobispo de Concepción y tomó posesión de esta sede el 12 de noviembre del mismo año. Después de cumplir 75 años, su renuncia fue aceptada el 27 de diciembre de 2006 a la edad de 79 años. Se retiró a la Casa de las Hermanitas de los Pobres de Calle San Pablo en Santiago. Pero al poco tiempo, siendo ya Arzobispo de Concepción Mons. Fernando Chomali, volvió a Concepción a la casa del clero. Aquí falleció el 31 de julio de 2013. Como decíamos, ayer se cumplieron 10 de su fallecimiento.

Antes de seguir adelante, veremos una segunda semblanza sobre Antonio Moreno, esta vez publicada por Mons. Bernardino Piñera C., Arzobispo emérito de La Serena en el año 2002, cuando Mons. Moreno era ya Arzobispo de Concepción desde hacía varios años. Mons. Piñera la llama «boceto».

### **Boceto de Mons. Antonio Moreno Casamitjana**

Fuerte, sufrido, motociclista a prueba de todos los caminos y de todos los barriales, misionero por varios meses al año en Chiloé Continental. Capellán de capillas de barrios pobres, sobrio, austero, predicador del Evangelio «sin glosa», con la palabra y con el testimonio de una vida transparente. Terco, pese a su deseo de no serlo, directo, sin matices y a la vez sencillo y como desarmado ante el mundo complejo en que nos ha tocado vivir. Este es uno de los aspectos de la personalidad de Antonio.

El otro es el de profesor, formado a la alemana. Exigente con sus alumnos, pero antes consigo mismo. Nadie en Chile sabe más que él en materia de Sagrada Escritura. Estudiante empecinado, estudió largos años su especialidad en Europa y Palestina. Domina, fuera del griego y del latín, el hebreo, el árabe y las antiguas lenguas orientales. Su prestigio de «escribista» lo ha llevado a formar parte de la Comisión Bíblica de Roma en que se reúnen para asesorar al Santo Padre en materias bíblicas los más célebres expertos en la Biblia. Antonio no conoce el «más o menos», el amateurismo; se sabe o no se sabe, y el que no sabe que no enseñe. Y el que sabe que enseñe con modestia, sabiendo que, por mucho que sepa, lo que queda por saber es infinito. Un ejemplo tajante de honradez, de seriedad intelectual.

¿Dos hombres en uno? No, un solo hombre, simple, justo, de buena clase, sin diplomacia, sin intrigas, sin ambiciones, una especie de profeta de la Biblia, incontaminado por el smog de una cultura decadente, para quien sí es sí y no es no.

El profesor y el misionero se unieron para crear un pastor atípico, nuevo, inédito, que mira a su Iglesia con ojos nuevos, tal vez con los ojos de Cristo.

PIÑERA, Bernardino, [Bocetos. 33 años del episcopado chileno \(1958-1990\)](#)

Editorial Tiberiades, Santiago, 2002

Tenemos así el testimonio de dos Obispos amigos que lo conocieron bien.

Pero, ¿qué dice él sobre sí mismo? Es imposible hacer hablar sobre sí mismo a Mons. Moreno. Pero se vio obligado a hacerlo, en el modo más sintético –tres palabras latinas– cuando eligió su lema episcopal: «Annuntiabo veritatem tuam». Nadie habría encontrado una frase mejor para retratar a Mons. Moreno. No podía faltar en ese retrato la palabra «verdad».

Para preparar esta presentación sobre Mons. Moreno, he estado recordando mi primer encuentro con él, allá en el año 1975, cuando me inscribí en el curso de Pentateuco, que él dictaba en la

Facultad de Teología de la PUCCh. Por aquellos años, el Seminario de Santiago se había dispersado en pequeñas comunidades y los seminaristas concurríamos para los estudios a esa Facultad. Desde hacía algún tiempo, yo me había propuesto leer la Biblia entera cada año y ya la había leído cinco veces. (He seguido cumpliendo este propósito hasta ahora y en este momento la estoy leyendo por vez N. 45). El curso de Pentateuco de Mons. Moreno era el primer curso de Sagrada Escritura que yo tomaba. Fue como descubrir la perla preciosa. Haciendo memoria para descubrir, entre todas las cosas maravillosas que escuché en esas clases, cuál fue el decisivo, siempre caigo en un punto en el cual precisamente está en juego la verdad.

Yo había aprendido en el colegio, en las clases de Historia Sagrada, que la intervención de Rebeca, esposa de Isaac, para extorsionar la bendición de Isaac en favor de su hijo Jacob, usurpándola de Esaú, que era el hijo mayor, era brillante y que ella había obtenido, por medio de la astucia, que se cumpliera el plan de Dios, que había elegido a Jacob. Todos recordamos el episodio, que se lee en Gen 27,1-35.41

Como hubiese envejecido Isaac, y no viese ya por tener debilitados sus ojos, llamó a Esaú, su hijo mayor: ¡Hijo mío!» El cual le respondió: «Aquí estoy».

«Mira, dijo, me he hecho viejo e ignoro el día de mi muerte. Así pues, toma tus saetas, tu aljaba y tu arco, sal al campo y me cazas alguna pieza. Luego me haces un guiso suculento, como a mí me gusta, y me lo traes para que lo coma, a fin de que mi alma te bendiga antes que me muera».

Rebeca estaba escuchando la conversación de Isaac con su hijo Esaú... y entonces Rebeca dijo a su hijo Jacob: «Acabo de oír a tu padre que hablaba con tu hermano Esaú diciendo: “Tráeme caza, y hazme un guiso suculento para que yo lo coma y te bendiga delante de Yahveh antes de morirme”. Pues bien, hijo mío, hazme caso en lo que voy a recomendarte. Ve al rebaño y tráeme de allí dos cabritos hermosos. Yo haré con ellos un guiso suculento para tu padre como a él le gusta, y tú se lo presentarás a tu padre, que lo comerá, para que te bendiga antes de su muerte».

Jacob dijo a su madre Rebeca: «Mi hermano Esaú es velludo, y yo soy lampiño. ¡A ver si me palpa mi padre, y le parece que estoy burlandome de él! ¡Entonces me habré buscado una maldición en vez de una bendición!»

Le dijo su madre: «¡Sobre mí tu maldición, hijo mío! Tú, obedéceme, basta con eso, ve y me los traes».

Él fue a buscarlos y los llevó a su madre, y ella hizo un guiso suculento, como le gustaba a su padre. Después tomó Rebeca ropas de Esaú, su hijo mayor, las más preciosas que tenía en casa, y vistió a Jacob, su hijo menor. Luego, con las pieles de los cabritos, le cubrió las manos y la parte lampiña del cuello, y puso el guiso y el pan que había hecho en las manos de su hijo Jacob.

Este entró a donde su padre, y dijo: «¡Padre!» El respondió: «Aquí estoy; ¿quién eres, hijo?».

Jacob dijo a su padre: «Soy tu primogénito Esaú. He hecho como dijiste. Anda, levántate, siéntate, y come de mi caza, para que me bendiga tu alma».

Isaac dice a su hijo: «¡Qué veloz has andado en hallarla, hijo!».

Respondió: «Sí; es que el Señor, tu Dios, me la puso delante».

Dice Isaac a Jacob: «Acércate, que te palpe, hijo, a ver si realmente eres o no mi hijo Esaú».

Se acercó Jacob a su padre Isaac, el cual lo palpó y dijo: «La voz es la de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú».

Y no lo reconoció, porque sus manos estaban velludas, como las de su hermano Esaú. Y se dispuso a bendecirlo.

Dijo, pues: «¿Eres tú realmente mi hijo Esaú?» Respondió: «Yo soy».

Dijo entonces: «Acércamelo, que coma de la caza, hijo, para que te bendiga mi alma». Se lo acercó y comió; le trajo también vino, y bebió.

Le dijo su padre Isaac: «Acércate y bésame, hijo».

El se acercó y lo besó. Y, al aspirar Isaac el aroma de sus ropas, lo bendijo diciendo: «Mira, el aroma de mi hijo como el aroma de un campo, que ha bendecido el Señor. ¡Pues que Dios te dé el rocío del cielo y la abundancia de la tierra, mucho trigo y mosto! Que pueblos te sirvan, que naciones se postren ante ti, sé señor de tus hermanos y te adoren los hijos de tu madre. ¡Quien te maldijere, maldito sea, y quien te bendijere, sea bendito!».

Así que hubo concluido Isaac de bendecir a Jacob, y justo cuando acababa de salir Jacob de la presencia de su padre Isaac, llegó su hermano Esaú de su cacería. Hizo también él un guiso succulento y llevándoselo a su padre le dijo: «Levántese mi padre y coma de la caza de su hijo, para que me bendiga tu alma».

Le dice su padre Isaac: «¿Quién eres tú?». Respondió: «Soy tu hijo primogénito, Esaú».

A Isaac le entró un temblor fuerte, y le dijo: «Pues entonces, ¿quién es uno que ha cazado una pieza y me la ha traído? Porque de hecho yo he comido antes que tú vinieses, y lo he bendecido, y bendito está».

...

Esaú se enemistó con Jacob a causa de la bendición con que lo había bendecido su padre; y se dijo Esaú: «Se acercan ya los días del luto por mi padre. Entonces mataré a mi hermano Jacob».

Estoy viendo a Mons. Moreno exclamar: «Eso fue una burda mentira». Siguió explicando: «Es cierto que el plan de Dios, por ese camino, se cumplió; pero se cumplió de una manera tortuosa, con efectos laterales negativos, como resultan las cosas que se basan en la mentira. No se puede usar un medio malo, como es el engaño, para obtener un fin bueno. Dios lleva adelante su plan sin necesidad de nuestras mentiras y manejos turbios. Él lo habría hecho mejor que Rebeca y sin las consecuencias negativas del engaño». Los dos hermanos se enemistaron a muerte, tanto que Rebeca dice a su hijo Jacob: «Hijo mío, hazme caso: levántate y huye a Jarán, a donde mi hermano Labán, y te quedas con él una temporada, hasta que se calme la cólera de tu hermano» (Gen 27,43-44). ¡Esa temporada duró veinte años! (cf. Gen 31,38.41), en los cuales Jacob tuvo que trabajar duramente como un siervo de Labán, que continuamente le cambiaba su paga.

De nadie he escuchado una explicación más fascinante y clara sobre el sentido del «árbol de la ciencia del bien y el mal», del cual Dios prohibió a Adán comer. Recuerdo que la Hna. Anneliese Meis, que es una gran teóloga, refiriéndose a esa explicación, decía: «Ahí está todo». Yo mismo he

verificado en los años siguientes que en los estudios, en la predicación, en la docencia esas clases de Mons. Moreno recurren continuamente.

Movido por ese deseo de entrar más profundamente en los textos bíblicos, yo le expresé mi deseo de estudiar el hebreo. Él me alentó y comenzamos a tener reuniones semanales para el estudio del hebreo. Él me aconsejó conseguir la gramática hebrea «An Introductory Hebrew Grammar» de Davidson-Mauchline y su correspondiente libro de ejercicios, para usarlos en esas sesiones de estudio. Yo le pedí a mi padre que encargara a Inglaterra dos ejemplares de ambos libros y le di uno a él. Mons. Moreno insistía en pagarlos. Pero yo le dije que mi padre se sentía pagado con creces si él ofrecía una Misa por él. Aceptó el trato con mucho gusto. Más tarde, cuando yo fui enviado a hacer la Licenciatura en Sagrada Escritura al Instituto Bíblico de Roma y Jerusalén, no tuve que hacer el primer año, porque di exámenes de cualificación de griego y hebreo y entré directamente al segundo año. En esos años de estudio me sentí muy bien equipado por las clases que había tenido del entonces profesor Antonio Moreno.

Mons. Moreno fue nombrado miembro de la Pontificia Comisión Bíblica por dos períodos entre los años 1975 y 1986, colaborando con el Presidente de dicha Comisión el entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Cardenal Joseph Ratzinger. Cada vez que él viajaba a Roma para participar en las sesiones de la Comisión Bíblica nos reuníamos a conversar. Después de los estudios de Sagrada Escritura, yo había sido llamado a trabajar al servicio de la Santa Sede en la entonces Congregación para la Educación Católica, entre los años 1983 y 1991. En esos años, por diversos motivos, a veces simplemente cruzarse en la calle, me tocaba saludar el Cardenal Ratzinger. Me preguntaba siempre por Mons. Moreno y se expresaba respecto de él en términos que dejaban ver el gran aprecio que le tenía. Por el profundo amor a la verdad y la honestidad científica que caracterizaban a ambos, ellos eran dos personas que se entendían bien y se estimaban mucho.

Mi trabajo al servicio de la Santa Sede en la Congregación para la Educación Católica consistía en seguir la vida de los Seminarios de América Latina. Pero, cuando se trataba de Chile, me ocupaba también de las Universidades Católicas. Me tocó en esos años 1989 a 1991 seguir de cerca el proceso que llevó a la erección de las sedes de la PUCCh en Concepción, Talca y Temuco en Universidades Católicas diocesanas autónomas. No sospechaba en esos años que en los mismos días en que era erigida la Universidad Católica de la Santísima Concepción en Universidad autónoma sería nombrado yo Obispo Auxiliar del Arzobispo de Concepción, Mons. Antonio Moreno Casamitjana. El Decreto de erección de la Universidad tiene fecha 10 de julio y yo fui notificado de mi nombramiento el día siguiente 11 de julio. El nombramiento se hizo público con la Bula de fecha 16 de julio de 1991. Mucho menos sospechaba aún que, pasados cinco años, yo mismo sería nombrado Rector de esa naciente Universidad.

Cuando se cumplieron los 25 años de la UCSC, se hizo una mesa redonda, el 30 de marzo de 2017, en la cual expuse los pasos que se dieron en la Santa Sede para impulsar la creación de las Universidades Católicas autónomas de Concepción, Talca y Temuco. Reproduzco aquí solo parte de una nota que yo mismo redacté para los superiores sobre este tema:

De F. Bacarreza a los Superiores

Autonomía de las sedes de la PUCCH

Roma 23 de octubre de 1989

El sábado 21 de octubre en la tarde, tuve ocasión de hablar nuevamente con el Señor Cardenal Arzobispo de Santiago y con su acompañante sobre este tema. En esa ocasión se agregaron otros antecedentes.

La autonomía de las sedes es un problema que reviste cierta urgencia, pues últimamente la política de regionalización que se está desarrollando en el país favorece a la creación de nuevas universidades, dejando a las sedes de la PUCCH en situación desfavorable

frente a las nuevas Universidades. En efecto, las regiones se interesan más por sus propias Universidades y menos por estas sedes que son, en cierto modo, consideradas extrañas. Reciben, por tanto, menor financiamiento económico. De esta manera, la Iglesia está perdiendo una oportunidad, que se le ofrecería si las sedes se transformaran en verdaderas Universidades Católicas autónomas.

.....

Para la futura política de la Congregación, conviene aclarar que, entre las sedes, la de mayor importancia es la de Talcahuano, Concepción. En efecto, Concepción es el segundo centro urbano de Chile y una Universidad Católica de Concepción podría tener un radio de influencia en todo el sur del país. Es, por otro lado, la sede que en este momento tiene más alumnos: 1.990 y mantiene carreras de interés regional a un buen nivel académico. Las circunstancias son oportunas, pues acaba de ser nombrado Arzobispo -hace una semana- S.E. Mons. Antonio Moreno Casamitjana, conocido biblista, de clara trayectoria universitaria y académica. Mons. Moreno ha sido Vice-Gran Canciller interino de la PUCCH, Decano de la Facultad de Teología y representante del profesorado al Consejo Superior de esa Universidad Católica. La Congregación podría invitar a Mons. Moreno a asumir la misión de Gran Canciller y abrir en Concepción, sobre la base de la sede de Talcahuano, una Universidad Católica fuerte. En Concepción existe una grande Universidad laica con fuerte influencia masónica. Conviene que exista también una fuerte Universidad Católica.

Se trata de interpelar a tres Obispos: el de Talca, el de Temuco y el de Concepción. Con el Arzobispo de Concepción no se prevén problemas para asumir la política antes expresada. Mons. Moreno, como miembro de la Pontificia Comisión para América Latina, debe venir a Roma en diciembre próximo, poco después de asumir el gobierno pastoral de la Arquidiócesis.

Yo fui ordenado Obispo en la Catedral de Concepción el 8 de septiembre de 1991. Recibí la Ordenación de manos del Arzobispo Mons. Antonio Moreno. Fueron co-consagrantes, el Arzobispo de Santiago (mi Diócesis de origen), Mons. Carlos Oviedo Cavada, y el Obispo de Rancagua, Mons. Jorge Medina Estévez. Considero que uno de los beneficios más grandes de mi vida ha sido ser durante casi 15 años Obispo Auxiliar de Mons. Moreno.

Mons. Moreno dejaba mucha libertad en el ejercicio del ministerio al Obispo Auxiliar. Nunca sentí de parte de él alguna imposición o gesto de autoridad. Enseñaba con su ejemplo. No conocía el aburguesamiento, era extremadamente austero y modesto en sus gustos y en el uso de los bienes materiales. Estaba muy interesado en la pastoral de los pueblos originarios. Él inauguró las misiones de los seminaristas en los sectores de Ponotro y de la costa hasta Tirúa y al interior. Él mismo acompañaba a los seminaristas en esas misiones, durmiendo en el suelo en las aulas de las escuelas rurales. Se detenía de muy buena gana a conversar con esas personas sencillas, poniéndose a su altura. Era un ejemplo admirable que yo conocí de cerca.

Quiero mencionar un episodio que resultó, en cierto sentido profético, y que me ha acompañado en toda mi vida de Obispo. Mons. Moreno había conseguido que el Diario El Sur publicara cada

semana un Comentario al Evangelio del domingo que él escribía. Poco después de que yo llegara a la Arquidiócesis él fue enviado a visitar los Seminarios de Perú y estuvo fuera de la Diócesis más de un mes, desde el 21 de septiembre al 24 de octubre de 1991. Me pidió a mí que me hiciera cargo de escribir ese Comentario. Lo hice durante el tiempo que él estuvo fuera. El año siguiente 1992 tuvo que viajar a Santo Domingo con ocasión de la celebración del V Centenario de la Evangelización de América y me pidió nuevamente que me hiciera cargo de ese comentario. A su regreso me dijo que él veía que yo había captado la idea y me pidió que siguiera ocupándome yo de eso. Y así lo hice. Desde el 11 de octubre de 1992 hasta hoy han pasado más de 30 años y no he faltado ninguna semana sin mandar ese Comentario. Ya son más de 1500. En esos primeros años había que mandarlo a la redacción del diario El Sur escrito en papel y ellos lo transcribían para publicarlo. Pasando el tiempo, se hizo más fácil, porque se enviaba en forma digital por correo electrónico, y podía mandarse incluso desde el extranjero, como es ahora. Cuando fui nombrado Obispo de Santa María de los Ángeles y tomé posesión en marzo de 2006, le dije a Mons. Moreno que tal vez sería bueno que siguiera con ese comentario alguien de la Arquidiócesis para aprovechar ese espacio semanal en el diario. Me dijo que siguiera yo. Luego, vino Mons. Ezzati en diciembre de 2006 y a él le dije lo mismo. También él me pidió que siguiera yo. Luego vino Mons. Fernando Chomali en diciembre de 2010 y ocurrió lo mismo. Algunos años después el Diario El Sur dejó de publicarlo. Pero entretanto había comenzado a publicarlo el sitio web de la Iglesia en Chile (iglesia.cl), el Diario La Tribuna de Los Ángeles, el sitio web de homilías (homiletica.org), ACI Prensa y otros medios. Yo lo mando cada semana a unas 500 personas y algunos de ellos lo distribuyen a su vez a otros. Menciono este hecho, porque esta cita semanal con la Palabra de Dios, ciertamente ha marcado mis años de episcopado. Ha sido un inmenso regalo de Dios. Cada vez que me siento a escribir ese comentario recuerdo a Mons. Moreno.

Hemos dicho más arriba que el lema episcopal de Mons. Moreno constituye una definición exacta de sí mismo: «Annuntiabo veritatem tuam» (Anunciaré tu verdad). Está tomada del Salmo 89. Podemos decir que quien adopta este lema como representativo de sí mismo es por definición un personaje universitario. La Universidad es el humus propio de quien tiene pasión por la verdad. En una Universidad Católica el lema de todo profesor debería ser: «Anunciaré tu verdad».

La Universidad Católica y su misión en la Iglesia están formuladas en la Constitución Apostólica «Ex corde Ecclesiae» (15 de agosto 1990), que comienza declarando: «La UC ha nacido del corazón de la Iglesia». En este documento el Papa San Juan Pablo II dice unas palabras de su propia experiencia, palabras que podemos atribuir sin cambiar nada a Mons. Moreno:

«Durante muchos años yo mismo viví la benéfica experiencia, que me enriqueció interiormente, de aquello que es propio de la vida universitaria: **la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada** a los jóvenes y a todos aquellos que aprenden a razonar con rigor, para obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad» (N. 2).

¿Qué entiende Mons. Moreno por esa verdad de Dios –«veritas tua»– que él siente el llamado a anunciar? ¿Qué es la verdad? Esta es la pregunta que hizo Pilato al mismo Jesús. Pilato no esperó la respuesta. Pero nosotros tenemos esa respuesta de Jesús en el Evangelio: «Yo soy la verdad» (cf. Jn 14,6).

Cuando escuché a Mons. Moreno la definición de lo que es la verdad quedé admirado por su concisión y precisión, sobre todo, por su verdad: **«La verdad es aquello sobre lo cual fundando yo mi vida nunca quedaré defraudado»**, se entiende en esta vida y, sobre todo, en la eternidad.

Este es el concepto bíblico de la verdad. El concepto de verdad y su correlativo de fe tienen su origen en el mundo bíblico. La raíz semita que expresa este concepto suena así: «amán». Esta raíz se usa para significar algo «seguro, firme, confiable, fiel, estable, duradero, algo que sirve de apoyo y fundamento». De esa raíz semita procede la palabra «amén», que era a menudo usada por Jesús cuando quería hacer una afirmación de revelación: «Amen, amen lego hymin», que es traducida al latín: «Amen, amen dico vobis» y que, para conservar el estilo de Jesús, debería traducirse al español: «En verdad, en verdad les digo», que significa: «Como cosa firme les digo», es decir, «funden en esto su vida». El concepto de verdad en hebreo se expresa con la palabra «emunah» que tiene la misma raíz que «amén». Expresa, por tanto, algo que puedo tomar como fundamento «seguro, firme, confiable» sobre el cual fundar mi vida. El acto de fe consiste, por tanto, en fundar la vida en la verdad revelada. La verdad nos ha sido revelada por Dios para eso.

La verdad, como la entendemos nosotros, es un concepto abstracto, intelectualista, que procede del mundo griego. Pero el mundo semita, en el cual se dio la revelación, no ama los conceptos abstractos; prefiere las cosas concretas. Prefiere un concepto concreto de la verdad. Si hubiera que hacer una representación concreta de la verdad, de la «*emunah*», de lo que es firme y no defrauda, tenemos que pensar en una roca. Y así representa el mundo bíblico la verdad. Para el hombre del AT no hay nada más firme, confiable y fiel que Dios. Por eso a Él se aplica, sobre todo, el concepto de verdad y por eso Él se compara con una roca. Lo vemos en múltiples textos:

**Sal 95,1.3:** «Vengan aclamemos al Señor; demos vítores a **la Roca** que nos salva... porque el Señor es un Dios grande...».

Dos cosas se dicen en este Salmo del Señor (de YHWH): que él es «la Roca que nos salva» y que él es «un Dios grande». **Dios es la Roca**, Él ofrece un fundamento para la vida que no defrauda, Él es la verdad (la «*emunah*»).

Se podrían citar muchos otros Salmos donde se llama a Dios, la Roca, que equivale a decir: la verdad.

**Sal 19,15:** «¡Sean gratas las palabras de mi boca, y el susurro de mi corazón sea sin tregua ante ti, Yahveh, **roca mía**, mi redentor».

**Sal 28,1:** Hacia ti clamo, Señor, **roca mía**, no estés mudo ante mí.

**Sal 62,6-8:** «En Dios sólo descansa, alma mía, de Él viene mi esperanza; sólo Él **mi roca**, mi salvación, mi ciudadela, no he de vacilar; en Dios mi salvación y mi gloria, **la roca** de mi fuerza».

**Sal 73,26:** «Mi carne y mi corazón se consumen: ¡**Roca** de mi corazón, mi porción, Dios por siempre!»

**Sal 89,27:** «Él me invocará (habla de David): "¡Tú, mi Padre, mi Dios y **roca** de mi salvación!"»

Se encuentra este modo de hablar sobre Dios también en los profetas:

**Is 26,4:** «Confíen en el Señor por siempre jamás, porque en el Señor tienen una **Roca** eterna».

En textos polémicos contra la idolatría:

**Is 44,6,8:** «Así dice el Señor, el rey de Israel, y su redentor, Señor de los ejércitos: “Yo soy el primero y el último, fuera de mí, no hay ningún dios.... Ustedes son testigos; ¿hay otro dios fuera de mí? ¡No hay otra **Roca**, yo no la conozco!”»

Los ídolos son lo contrario de la verdad y lo contrario de una roca, ellos no ofrecen apoyo, son vanos, es decir al apoyarme en ellos no encuentro nada que sustente:

**Is 44,9:** «¡Escultores de ídolos! Todos ellos son **vacuidad** (tohu)».

Según la mentalidad bíblica, la verdad es aquello que, puesto como fundamento de mi vida, no me defraudará. La Escritura suele decir: «*No quedaré confundido*».

La palabra «amen», entonces, dicha al final del Credo, significa: «*Pongo todas estas verdades como fundamento seguro de mi vida y construyo mi vida sobre ellas seguro de no quedar defraudado*». Hacer esto es la fe. No es una conquista mía, ni tiene su comienzo en una decisión mía: es un don de Dios. Es un don de Dios en dos sentidos relacionados: Dios me concede el conocimiento de la verdad –Él es quien la revela– y Dios me concede el tomar esa verdad como fundamento seguro de mi vida. La primera palabra de la Profesión de fe cristiana –creo– y la última –amén– significan lo mismo.

Lo dice Dios de manera muy sintética por medio del profeta Isaías jugando con dos voces de la raíz «aman»: «*Si no se afirman, no serán afirmados*» (Is 7,9: Im lo taaminu ki lo teemanu).

En la Biblia hebrea se usa otro concepto para expresar la verdad. Es el sustantivo «emet», que expresa una característica de Dios, que a menudo va unido a su misericordia «hesed» haciendo la dupla: «*misericordia y verdad, hesed we emet*». Buscada en el diccionario vemos que la palabra «emet» tiene el mismo significado que «emunah»: firmeza, fidelidad, verdad.

En estos términos se reveló Dios a Moisés, cuando Moisés pidió a Dios algo imposible para el ser humano: «*Dejame ver tu gloria*» (Ex 33,18). Dios lo dejará ver sus espaldas y se revelará como un Dios «*rico en misericordia y verdad*».

**Ex 34,6:** «Yahveh pasó por delante de él y exclamó: “Yahveh, Yahveh, Dios compasivo y clemente, tardo a la cólera y **rico en misericordia y verdad**”».

Una observación interesante, que me hacía notar un rabino sobre la palabra hebrea «emet», es que esta palabra está compuesta por la primera letra del alfabeto hebreo (alef), por la letra del medio (mem) y por la última (thau). Yo me quedé pensando que tal vez encontramos una alusión a esto en el libro del Apocalipsis cuando escribe: «*Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios*» (Apoc 1,8; 21,6). La primera y la última letra del alfabeto están dichas en griego, pero están pensadas en hebreo: «Yo soy la alef y la thau», la primera y última letra del alfabeto hebreo. Es como decir: «*Yo soy la verdad*».

Este concepto de verdad se encuentra ya en la primera página de la Biblia. Dios dijo a Adán: «De cualquier árbol del jardín puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás» (Gen 2,16-17). Esto era la verdad, esta era la Roca en la cual Adán debió confiar y sobre la cual debió fundar su vida. Pero la fundó sobre otro, que no es Dios, y que, por tanto, es vano, no lo sostuvo y cayó: «Dijo la serpiente a la mujer: “De ninguna manera morirán. Es que Dios sabe muy bien que el día en que ustedes coman de él, se les abrirán

los ojos y serán como dioses, conocedores del bien y del mal". Y, como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió» (Gen 3,4-6). Comenta este hecho del origen San Pablo diciendo: «Por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Rom 5,12).

Jesús nos ha revelado cuál es la Roca sobre la cual debemos fundar nuestra vida para no quedar defraudados, para no caer en la muerte y todas sus secuelas de dolor, sufrimiento, opresión, violencia, en resumen, todos los males que aquejan a cada individuo y a toda la sociedad: «Yo soy la Verdad... Nadie va al Padre, sino por mí» (Jn 14,6). Esta es la respuesta a la pregunta de Pilato. Pilato no esperó la respuesta, porque él es uno de los que piensan que la verdad no existe y que cada uno tiene su propia verdad. Pilato representa la mentalidad de nuestro tiempo, dominada por el relativismo. Nuestro tiempo tiene horror a la «verdad absoluta». ¡La «verdad absoluta» existe y nos ha sido concedida, es Jesucristo! Lo dice en dos ocasiones el Prólogo del Evangelio de Juan.

«Y la Palabra (la que en el principio estaba junto a Dios y que era Dios) se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, **lleno del don de la verdad...** Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; **el don de la verdad nos ha llegado por Jesucristo**» (Jn 1,14.17).

Jesús enseña que Él es la Verdad también por medio de imágenes según su modo habitual de enseñar, cuando dice: «El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica es como el hombre prudente que edifica su casa sobre roca... Esa casa no cayó porque estaba cimentada sobre roca» (Mt 7,24.25). Pero representa esto, no sólo con su enseñanza, sino también con sus acciones. En efecto, cuando dice a Pedro que venga hacia Él caminando sobre el agua, nos ofrece la representación más exacta de lo que es el acto de fe. Este acto tiene la doble dimensión de Aquel que ofrece un apoyo seguro –una roca– y de aquel que se apoya en esa roca sin vacilar. En esa ocasión Pedro pidió a Jesús que le mandara ir hacia Él caminando sobre el agua. Cuando Jesús le dijo: «Ven», esa palabra era firme. Mientras Pedro creía en esa palabra, el agua era firme bajo sus pies y lo sostenía; pero cuando dudó de su firmeza, el agua ya no lo sostuvo y comenzó a hundirse, no porque la Palabra de Jesús no fuera firme, sino porque Pedro no creyó en ella, no se apoyó en ella. Por eso, Jesús le reprocha: «Hombre de poca fe. ¿Por qué dudaste?» (Mt 14,28-31).

Hablando Jesús con Nicodemo, le dice: «El que **obra la verdad**, va a la luz, para que quede de manifiesto que **sus obras están hechas según Dios**» (Jn 3,21). Obrar la verdad es obrar según Dios.

En su oración sacerdotal, Jesús ora al Padre por sus discípulos diciendo: «**Santifícalos en la verdad: tu Palabra es verdad**» (Jn 17,17). ¿Quién puede negar que exista la verdad, después que Jesús afirma: «Tu Palabra es Verdad».

Hemos hecho esta exposición sobre la verdad, porque es el concepto que está en el lema de Mons. Moreno: «**Anunciaré tu verdad**» y porque es lo que caracteriza a una Universidad Católica: **la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada.**

Es cierto que la ardiente búsqueda de la verdad caracteriza a toda Universidad. **¿Qué es lo propio de una Universidad Católica?** Está expresado en el lema de don Antonio: «Tu Verdad», la de Dios, que es la verdad absoluta. Así lo expresa también el Papa San Juan Pablo II en la Constitución Apostólica «Ex corde Ecclesiae»:

